

**Preguntas de conocimiento: ¿Qué relación deberían tener los políticos con los expertos? ¿Qué limitaciones tienen los expertos? ¿Quién debería tomar las decisiones políticas finales? ¿Quién debería evaluar las decisiones políticas?**



**Actividad.**

**¿Qué destacarías del siguiente artículo de Joan Mesquida Sampol? ¿Hay algo en lo que estés de acuerdo? ¿Por qué?**

En poco más de una semana se celebrarán las elecciones presidenciales norteamericanas y sabremos cómo termina el duelo entre Harris y Trump. Un enfrentamiento que, simplificando mucho, tiene mucho que ver con cómo percibe la ciudadanía el papel de la élite gobernante y hasta qué punto las decisiones que toma tienen que ver con las necesidades e intereses de la mayoría de las personas. Merecidamente o no, Trump se ha erigido en la voz de todos aquellos que desconfían de la clase dirigente del país y, sobre todo, de los tecnócratas y los expertos, a veces de forma exagerada, como cuando niegan las evidencias del cambio climático o se oponen a las vacunas.

Sus rivales ridiculizan este tipo de mensaje, pero es un error pensar que todos los votantes de Trump son idiotas. La mayoría no lo es y, en cambio, muchos piensan que es la clase política la que está formada por incompetentes oportunistas que deben ponerse en manos de los expertos porque ellos no tienen idea de nada. Y, en eso, sí tienen parte de razón.

La gestión pública actual es compleja y la participación de expertos es necesaria. El problema de la complejidad es que obliga a los expertos a alcanzar un importante grado de especialización que dificulta que puedan tener una visión global de los problemas. Las nuevas tecnologías facilitan la comunicación entre quienes comparten el mismo ámbito de conocimiento, pero la mayoría no conocen a los expertos de otros campos, aunque trabajen en el despacho de al lado. Y aquí es donde la clase política falla, ya que debería ser el responsable político el que debería aportar esta visión holística del problema.

Podemos pensar, por tanto, que la cosa se solucionaría con políticos más preparados y eso se conseguiría con la ayuda de... ¡sí, de los expertos! Parece que entramos en un círculo vicioso, puesto que, el político, en caso de duda acabará haciendo caso de su maestro. Pero entonces, ¿cuándo se debe tener en cuenta la opinión de la gente? A fuerza de dar voz a los expertos, ¿no nos estamos cargando la democracia? La discusión sobre si debe prevalecer el criterio del experto o el del ciudadano no es nueva. En el siglo IV a.C. Aristóteles defendía a los sabios y expertos y que no tenía sentido, por ejemplo, que los ciudadanos tuvieran que elegir quién debía hacer de médico, sino que debía ser designado por los demás médicos. Pero entendió que esto no debe ser así en todos los ámbitos. No siempre los expertos en hacer algo son los que mejor pueden juzgar el resultado final. Que un barco esté bien construido, decía él, lo sabrá mejor el marinero que el maestro de astillero. Y quien debe decidir si una comida ha sido buena no debe ser el cocinero, sino el comensal, aunque sea alguien incapaz de freír un huevo.

Volviendo al ámbito de la política, es obvio que no tiene ningún sentido hacer un debate o pedir la opinión de la gente sobre lo que goza de evidencia científica, como el cambio climático. En cambio, tiene todo el sentido del mundo debatir sobre las medidas que pueden servir para paliar sus efectos, como si es mejor fomentar el transporte colectivo en lugar de subvencionar a los coches eléctricos. O si no sería mejor tratar de reducir el consumo energético en lugar de sembrar el campo de placas solares. Sobre esto último, por ejemplo, tal vez la opinión del campesino debe pesar tanto o más que la del ingeniero, por muchos másteres que haya estudiado.

Joan Mesquida Sampol es Doctor en Derecho.